



15 historias
de lobas y
cambiaformas

Instinto animal

Editorial **Café con Leche**

Instinto animal

*Quince historias
de lobas y cambiaformas*

VV. AA.



bestofthebest 2

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
<i>CANCIONES DE CUNA PARA LOBAS TRISTES</i>	9
LOS CULPABLES	20
CRÉDITOS	38



INTRODUCCIÓN

Las mujeres-fiera son especiales. No es solo que tenga algo de transgresora la idea de una mujer sucia y colmilluda; es que nuestra asociación tradicional del hombre con la civilización y la técnica (*techné*) y de la mujer con la naturaleza y lo oculto (*ethos*) ha dado lugar a muchas reinventiones de mujeres salvajes a lo largo de los siglos. ¿Todos esos héroes mitológicos que debían realizar pruebas para demostrar su viril gallardía? Siempre había mujeres con serpientes en la cabeza o mujeres-pájaro dispuestas a detenerlos. ¿Todos esos gentilhombres victorianos que creían en el poder de la razón y en el progreso científico? Podíamos apostar a que se encontrarían con algún monstruo femenino que, cual Eva tentadora, trataría de atraerlos a un mundo brutal y alejado de Dios; un mundo terreno, demasiado terreno, donde solo prima el placer y el instinto...

La mujer-bestia nos da miedo porque no se ha convertido en *mujer* o ha perdido dicha condición; no está *domesticada*. Ella, que debería ser precisamente el sexo débil, la depositaria de las buenas costumbres, queda reducida a su dimensión más básica e instintiva: violenta, lúbrica y desnuda. Al liberarse de las cadenas del mundo civilizado, se libera también de todo artificio y, al con-

templarla, hombres y mujeres nos encontramos frente a frente con la certeza de nuestra propia animalidad.

La figura del licántropo o teriántropo —el humano que se convierte en bestia— es más aterradora aún que la del vampiro porque no encarna el atractivo de la libertad en la muerte o en otra vida, sino que nos recuerda algo que es parte de nosotros. Por eso la mujer-fiera, con el doble desafío que encarna —por estar fuera de la sociedad y por atreverse a estarlo pese a su condición femenina—, nos produce temor, fascinación o curiosidad, sobre todo en unos tiempos en los que las viejas creencias se han tambaleado y ya no tenemos tan claro si Dios modeló al hombre a su imagen y semejanza o si no ha sido más bien el hombre el que ha creado a un Dios que satisfacía su ego, distinguiéndolo por encima del resto.

La posibilidad de que aquello que nos diferencia y que durante tanto tiempo nos ha encumbrado como *reyes de la creación* (nótese el género masculino) quizás no exista o no sea tan relevante es, cuanto menos, turbadora. ¿Somos nosotros el mundo civilizado? ¿Nos comportamos como tal? Actualmente, nuestra relación con la civilización y la naturaleza es bastante tensa en ambos sentidos y siempre está ahí el temor de que, como integrantes de ambos mundos, nos convirtamos en cualquier momento en el reverso tenebroso de uno u otro.

Esta disyuntiva nos atraía hasta tal punto de que decidimos que la segunda antología de la editorial Café con Leche se centraría en el mito del teriántropo. Ya que para el primer *bestofthebest*, «Cuando calienta el sol», habíamos recopilado relatos más reivindicativos de la figura femenina, quisimos aportar esta misma perspectiva a uno de los grandes mitos del género fantástico. Y así surgió una convocatoria sobre relatos acerca de mujeres cambiafor-

mas que se convirtieran en animales. Con el fin de no restringirnos a autores ya conocidos, abrimos la convocatoria para que pudiera participar todo el mundo.

El resultado fue más que satisfactorio: recibimos más de 70 relatos, la mayoría escritos específicamente para este certamen. Muchos estaban basados en lugares comunes como el alumbramiento de hijos monstruosos o la transformación en bestia a partir de un viaje exótico. Sin embargo, en general estas ideas no eran más que el punto de partida para desarrollar una visión personal acerca del abandono, la violencia o el extrañamiento ante el propio yo. Y algunos subvertían de manera muy consciente los clichés, lo que daba lugar a actualizaciones de mitos muy presentes en el imaginario popular.

Una de las sorpresas que nos llevamos al comenzar a leer estos relatos fue la sensación de *sufrimiento* que transmitían muchos de ellos. Había autores que no solo se identificaban con la figura de la mujer-animal, sino que empatizaban con esa nostalgia de un espacio más primitivo y quizás también más brutal. En los relatos se hablaba de venganza, de posesiones chamánicas, de transformaciones extremadamente dolorosas que arrojaban a sus víctimas a los márgenes de la sociedad. En ocasiones la transformación era positiva y en otras, no tanto, pero estaba claro que el propio relato era una vía de expresión de un sentimiento que tal vez sea nuestro *instinto animal*. Los autores mostraron que tenían muy claro el quid de la cuestión: cuando hablamos de teriántropos, los monstruos somos nosotros.

La mayoría de los relatos ha supuesto un soplo de rebeldía y aire fresco acerca del mito del teriántropo. Se habla del espacio femenino en contraposición al espacio dominante y las historias emprenden la búsqueda de una voz diferente, su propia voz.

Nuestra debilidad, para qué ocultarlo, son las historias capaces de aportar una dimensión original a la figura mítica de la mujer-fiera y que a la vez presentan un tema subyacente con el pulso suficiente para crear un ambiente personal. Grandes ejemplos son los relatos *Canciones de cuna para lobas tristes*, que mezcla la licantropía con un entorno de tipo *road movie* en el que quedan patentes algunas de las obsesiones de Hollywood; *Animalandia*, que despliega toda una andanada de humor negro sobre el mundo de la televisión; o *Una muerte blanca*, donde el tema racial se entreteje por debajo del restrictivo mundo del Brasil colonial.

También hemos seleccionado historias que abundaban en los temas más frecuentes, como la idea de la transformación femenina en animal feroz como respuesta a una agresión sexual, que aparece de forma turbadora en *Entretelas de justicia*; o la nostalgia de un mundo salvaje reprimido y enterrado en el pasado, algo de lo que se hace eco *La promesa*, que además transcurre en el ambiente nublado de la Cordillera Cantábrica.

Pero hay mucho más. Una de las principales preocupaciones de los autores ha sido cómo afecta el tema feral a las relaciones interpersonales: bien entre madres e hijas, como demuestra *Luna de maíz* en una aparentemente tranquila ciudad sureña, o entre iguales, como es el caso de *El trofeo*, que transcurre en el contexto de una residencia universitaria. Y, por supuesto, un descubrimiento de este tipo sacude las relaciones de uno mismo con el mundo, tal como plantea el opresivo *Un millón de moscas*, un relato intimista con tintes *noir*, o el asfixiante *Cloro*, que muestra el lamento de ser diferente entre los diferentes.

También hemos añadido algunos relatos que mezclan géneros o que por sí solos son joyas únicas y originales. Es lo que hace *Una nueva organización*, un relato que

mezcla el *thriller* policiaco con ecos de la romántica y la ciencia ficción, o *No vuelan los cuervos sobre el cielo de Moscú*, donde la teriantropía se identifica tanto con el amor transgresor como con el desafío social y político en la Rusia de Stalin.

No faltan tampoco los homenajes a clásicos de la teriantropía: mientras que *Cat People* es una visión alternativa de los temas expuestos en la película «La mujer pantera», *La metamorfosis de Gregoria Sánchez* se inspira paso a paso en el clásico relato de Kafka y, con fina ironía, presenta una versión actualizada de este.

Como guinda para la antología, hemos seleccionado relatos más basados en la acción externa que mantienen en vilo al lector, como el dinámico *Mil pieles*, un delicioso *young adult* con ecos a *Los juegos del hambre*, o *Su verdadera piel*, donde las escenas de terror y las de alto voltaje erótico se dan la mano en un cóctel de esencia *pulp*.

Nos hubiera gustado incluir otras historias dignas de lectura, pero las restricciones de espacio y de tiempo nos llevaron a hacer esta selección que consideramos representativa y, a la vez, lo suficientemente variada para mantener el interés del lector. Deseamos de todo corazón que la disfrutes. No olvides decirnos lo que piensas en la web de la editorial (www.editorialcafeconleche.com) o a través de Facebook o Twitter (@edcafeleche).

Diana Gutiérrez
Noviembre de 2015



CANCIONES DE CUNA PARA LOBAS TRISTES

Víctor Selles

Las dos lobas llevaban el cadáver escondido en el excusado de la autocaravana, sentado sobre la tapa del inodoro, con los brazos abiertos y atados con bridas a los apliques metálicos de las paredes. A Sandra no le gustaba cómo la miraban aquellos ojos vítreos, y por eso le había dejado las gafas de sol puestas. A Lúa le recordaba a esa vieja comedia, «Este muerto está muy vivo».

El tipo era un productor de Hollywood. Lo conocieron en Santa Rosa, cerca de una de esas enormes avenidas custodiadas por palmeras. Ellas estaban bebiendo mojitos y contemplando la playa de arena blanca. Él dijo: «Os voy a hacer famosas». Pensaba que eran hermanas, y en cierto sentido lo eran, pero no en el que él pensaba.

Quería hacer algo con *freaks*, algo pornográfico y probablemente ilegal. Dijo: «Tú irás encima, y luego tú harás esto y aquello». No se enteraron de nada. Tenía el pelo engominado y una sonrisa esperpéntica; cada una de sus piezas dentales parecía la tecla de un piano. Apestaba a Hugo Boss, a grasas saturadas y a sangre —debía de tener una úlcera o algo por el estilo—, y a Lúa le empezó a picar la nariz.

Invitó a otra ronda. Luego se pasaron al tequila a palo seco. Él se aflojó el nudo de su corbata de colores. Bebieron durante un buen rato, compartiendo la botella y caminando en la oscuridad, junto al agua, descalzos sobre la arena blanca.

El productor se encariñó con Sandra enseguida. Solía ocurrir de esta forma. Sandra era la que tenía el olor más fuerte de las dos y volvía locos a todos los machos. Eso estaba bien. Lúa era la hembra dominante y las dos conocían su lugar. Lo que no estaba tan bien es que acababa encaprichándose de ellos, y luego le daba pena y nunca quería rematar el trabajo.

Hacía una noche magnífica. Una luna pequeña y naranja con un halo amarillento y mortecino pintaba de gris el cielo.

Se habían hecho con una pistola de perno cautivo hacía unos meses y eso facilitaba las cosas. Se la habían comprado a un tipo de un rancho a doscientos kilómetros de Austin a cambio de un par de gramos de cocaína. Era el arma homicida perfecta. Tenía la forma de un tubo alargado y, por alguna razón, era de color púrpura. La gente nunca pensaba que se trataba de un arma.

Antes usaban rifles y cuchillos y siempre tenían que aguantar un montón de lloriqueos e intentos de fuga. Todo era muy dramático y bastante sucio. Ahora no se

asustaban, permanecían dóciles y quietos mientras Lúa les ponía un extremo de la pistola en la frente. Incluso sonreían. Una vez un poli les había parado en mitad de la noche para hacer un registro, y se había creído que el cacharro era un puto consolador. Ja.

Eso fue lo que pasó con el productor. Dejó de morrear a Sandra y se fue a la orilla a mear. Su orina apestaba a cáncer, las dos podían olerlo a través de la sal, las algas en descomposición y las cagadas de las gaviotas. Lúa fue a la autocaravana a coger la pistola. Cuando volvió, Sandra ya tenía las bragas por debajo de las rodillas y el tipo estaba intentando metérsela bien dentro. Le puso la pistola en la base del cráneo y disparó. Luego lo arrastraron hasta el mar entre las dos, le abrieron el cuello y dejaron que se desangrara.

La cosa no duró más de cinco minutos.



Savannah era modelo de pasarela y volvía de una de esas fiestas de Hollywood, sintiéndose fea y gorda, y pensando que nunca más iban a darle trabajo. Los cuerpos como el suyo habían dejado de ser tendencia. No había cirugía que pudiera arreglar aquello.

Caminaba descalza sobre el asfalto caliente de Sunset Boulevard —se había guardado los zapatos de tacón en el bolso y no traía recambio— y sentía cómo la moda del año próximo se le venía encima con la contundencia de un alud. Caminaba de noche, ignorando las proposiciones de locura y estilete de los mendigos, las miradas aviesas de los paseantes nocturnos y las sonrisas de los chulos de callejón y de los pandilleros. Quería que le pasara algo, algo grave y definitivo.

Había estado muy cotizada durante los cinco años que había durado la moda de los «cuerpos naturales» que, en realidad, de naturales no tenían nada. Su agente le había dicho que podía darse con un canto en los dientes. La inmensa mayoría de las modelos solo desfilaban durante tres temporadas.

Y luego, fin. *Caput. Hasta la vista, baby.*

Ahora volvían a llevarse las nínfulas de metro ochenta, ligeras como libélulas y de semblantes drogados y cariacontecidos.

—¿Ves a esa de ahí? —le había dicho su agente, señalando a una de las chicas que consultaba el móvil con descarado aburrimiento—. Es Lena Hobbs y ahora es lo más.

Savannah la conocía. Sus padres eran peces gordos de la industria. Vivía en una casa de Beverly Hills rodeada por una finca impresionante, con una piscina, varias cascadas y pavos reales. También debía de tener como dos docenas de gatos. En una ocasión había leído en una entrevista que Lena adoraba a sus mascotas. «Todas tienen nombres de estrellas de cine clásico», había dicho. «Está Garbo, está Marilyn, está Lemmon. ¡Tengo un montón de gatos y los quiero con locura!».

Hollywood detrás de las cámaras era un patético baile de máscaras, se dijo. Pensó en la fiesta de aquella noche, donde el maquillaje ocultaba las pálidas marcas de las cicatrices de todas las invitadas y la primera arruga del cuello, donde el cirujano latino aplicó el bisturí para reducir la naciente papada. Los labios rebosantes de bótox, tan insensibles que por las comisuras de su propietaria se deslizaban, inadvertidos, dos hilillos de babas. Los anillos de boda de miles de dólares que cambiaban de mano a toda velocidad, dejando tan solo leves señales blancas en el dedo anular.

Todo allí eran caricias de plástico y colágeno. Caretas de silicona. Besos falsos de muñeca hinchable, labios modificados con forma vaginal para facilitar el trabajo. Bellezas de bisturí y de motosierra, princesas del baile que creen engañar a la muerte con sus dietistas y sus entrenadores personales, con sus huesos limados que irán a parar a la frialdad indiferente de un nicho en el mausoleo de las estrellas. Costillares pulidos por las mandíbulas de los insectos, y dos bolsas de agua salada enganchadas, como globos perdidos, al esternón.

Es lo malo de ser superficial, pensó Savannah. La superficie es lo primero que devoran los gusanos.

Lo cierto es que no quería pensar en ello. Hasta ahora ella había sido una depredadora, siempre en lo más alto de la cadena trófica. Los patéticos herbívoros se arrastraban por los sumideros de Hollywood, engalanándola con sus cámaras para que los miserables pudieran contemplar el glamour a través de una lente de setenta milímetros.

Tocaba volver a Kansas, y lo sabía. Tocaba volver a la granja familiar, a hundirse hasta las rodillas en excrementos de cerdo y a cargar sacos de cuarenta kilos hasta el silo donde guardaban el grano. Llamaría a su antiguo novio del instituto, que quizá todavía siguiera trabajando en la industria maderera. Se compraría unas botas altas de cuero y media docena de blusas de color salmón para anudárselas a la cintura, un monovolumen para llevar a los niños al entrenamiento de fútbol y la discografía completa de Brad Paisley y de Garth Brooks.



La autocaravana blanca, un viejo modelo Westfalia de los ochenta que había vivido tiempos mejores, estaba aparcada en la esquina de Sunset con Fairfax. Las puertas estaban abiertas, y las lobas comían perritos calientes y debatían sobre cuál podía ser la mejor forma de deshacerse del cadáver del productor de cine y sobre qué iban a hacer a continuación. Lúa quería proseguir camino hacia el sur de inmediato. Sandra no.

La historia de las lobas era como una fábula triste. Habían nacido en el viejo y vasto norte; eran hijas de la tundra, donde el aire era frío y puro, y por las noches se dormían contemplando un cielo que solía teñirse de intensos verdes boreales. Hermanas de distintas camadas, su manada las había rechazado mucho tiempo atrás. Se habían convertido en proscritas.

La culpa había sido de Lúa. Un día había visto a un hombre sentado en un taburete plegable, pescando sobre el hielo. Lo había observado fascinada durante largo rato, guarecida entre la maleza. El hombre había practicado un agujero con una barrena y había hundido el hilo de una caña de pescar rígida en el agua. A su lado tenía un cubo lleno de fletanes recién pescados, un par de los cuales todavía coleaba débilmente. Sus escamas relucían bajo el sol pálido de mediodía. Tenía una gorra naranja con orejeras, recubierta de pelo suave, y una barba gris llena de copos de nieve.

Lúa salió a campo abierto y jugueteó con el hombre durante un buen rato. Saltaba encima, lo derribaba, hundía las garras en su espalda y luego se echaba hacia atrás. Dejaba que el hombre volviese a levantarse y corriera unos metros antes de saltar de nuevo sobre él.

Cuando se aburrió, decidió matarlo.

Tomó la decisión en el momento, sin pensárselo demasiado. El hombre sangraba ya por todas partes, y no

merecía la pena dejarlo allí, sufriendo, así que hundió el hocico en su vientre caliente, tiñéndolo de rojo, arrancando sus intestinos y masticando la carne blanda. Aquello le gustó. Decidió hacerlo otra vez.

Decían que un lobo que ha probado la carne humana ya no querrá la carne de ningún otro animal. Era cierto solo en parte. Los hombres eran muy raros por aquellas regiones.

Convenció a Sandra de que la acompañara en una de sus cacerías. Los otros lobos las vieron mientras acechaban a unos hombres extranjeros que conducían motonieves y las condenaron al ostracismo. Entonces habían huido, descendiendo a través de agrestes colinas cubiertas de escarcha, durmiendo abrazadas a los ventisqueros bajo bosques de pinos infinitos.

Llegaron a un pueblo perdido entre una sucesión innumerable de valles y montañas inhóspitas. Una docena de casas con tejados hundidos y vallas blancas con la pintura descascarillada. Allí se apropiaron de otros cuerpos. Mataron a dos niñas de pelo negro, cara redonda y nariz chata, nativas de aquel lugar lejano e imposible, que caminaban con soltura sobre la nieve.

Lúa nunca había prestado demasiada atención a las historias de los ancianos, ni a sus canciones. Por eso había matado al humano y había probado su carne. Pero Sandra sí, y tuvo que enseñarle la canción del Cambio en aquel momento. Empezó a entonar la melodía de devoción lunar que tantas veces le había escuchado a su madre, el ritual de la Transformación que licuaba el cuerpo del anfitrión y lo preparaba para habitar su piel.

Después, las dos saltaron dentro.

Lúa acabó primero, y observó a Sandra, que estaba a mitad del proceso. La niña tenía los ojos vacíos y la piel de su rostro formaba arrugas gruesas. Su cuello estaba

hinchado, como si se hubiera tragado una fruta enorme que se le hubiera atascado en la garganta. Agitaba los brazos en el aire mientras sus piernas colgaban inertes a sus costados, alforjas de piel sin nada dentro. De su entrepierna surgían unas patas enormes y peludas. Como un fauno. Como la efigie del diablo en un grabado medieval.

Las niñas eran pequeñas y, cuando habitaron sus pieles, se sintieron como encerradas en cárceles de carne. De inmediato tuvieron frío. Sus dedos se amorataron y se volvieron rígidos, y dolían tanto que acabaron arrancándoselos a mordiscos.

Enseguida cambiaron otra vez de cuerpos. Ahora eran dos mujeres rubias, amas de casa de portales vecinos que se asomaron a la noche en la hora equivocada. No sabían hablar, pero aprendieron. Al principio parecían provenir del país más apartado del mundo. Su acento era gutural y amedrentaba hasta a los animales. Un día, el viejo pastor alemán de un minero ladró y les enseñó los colmillos. Ellas hundieron los dientes en su cuello y lo abrazaron y bailaron juntos hasta que la vida se le escapó por las venas, manchando de rojo la nieve.

Cambiaron de cuerpos. No sabían conducir, pero eso también lo aprendieron. El primer coche que robaron se estampó contra la pared del aparcamiento de un bar de carretera. Escaparon de allí, gritando, envueltas en llamas. Salieron de un brinco, y dejaron los cadáveres vacíos derritiéndose sobre el asfalto.

Y cambiaron de cuerpos de nuevo. Así hasta media docena de veces.

Cuando les podía el hambre compraban un par de botellas de *whisky* y congeniaban con mendigos o con mochileros alemanes. Y entonces, pues eso: carne fresca y sangrante, luego carne verdosa y brillante como el lomo

de las moscas de verano, luego carne podrida, grisácea y cubierta de gusanos, tuétano y fragmentos de hueso y, por último, restos arrojados en cualquier estercolero. Las leyes humanas les importaban más bien poco. ¿Qué más daba quién los encontrara o cuándo? Al fin y al cabo, ellas asesinaban con huellas digitales prestadas.

Robaron la autocaravana y siguieron conduciendo hacia el sur. Vivieron felices durante un tiempo en una comuna hippie de Nevada, donde pudieron recuperar sus antiguos nombres de fiera, donde por las noches salían de caza y perseguían a las gallinas y a los coyotes. Pero nada parecía durar lo suficiente.

Bajo su piel lisa y débil, las lobas aullaban. La bestia se rebelaba contra el disfraz que la contenía. Cada vez que habitaban un cuerpo durante demasiado tiempo, un vello hirsuto comenzaba a crecerles por el vientre, gruesas líneas de pelo negro y rizado que ascendían por el ombligo hasta el nacimiento de sus pechos, y que se transformaba en fina pelusa a lo largo de los muslos y la espalda. Las orejas se aguzaban, los colmillos parecían querer devorarles los labios.

Entonces, cuando la farsa ya no podía mantenerse por más tiempo, cuando la boca lupina pugnaba por salir y deformaba sus caras con su afilado semblante, cuando los ojos se volvían rabiosos e inhumanos y las estrías se abrían como gajos de naranja y dejaban salir las matas de pelo suave y gris, entonces cambiaban de cuerpo.

Las cosas con Sandra no iban del todo bien. A Sandra le gustaban los malditos humanos. Era como si su madre hubiese sido fecundada por un perro doméstico, uno de esos perros pequeños, serviles y falderos.

A Lúa, en cambio, caminar sobre dos patas le parecía ridículo. Cuando intentaba correr —correr de verdad—, las costuras se abrían. Los zapatos le apretaban los pies y

también le molestaba todo eso de tener que comunicarse con palabras, con esa garganta aguda y femenina que en realidad parecía fabricada para reproducir el trino de los pájaros. Hasta las aserciones más simples requerían una cantidad absurda de tiempo y de palabras.

Sandra lo llevaba mejor que ella. Se había ido acostumbrando poco a poco y parecía disfrutar con la compañía de los hombres. Empezó a depilarse el entrecejo y a afeitarse el cuerpo, solo para poder vestirse con ropa provocativa de vez en cuando. También había aprendido a sonreír. A Lúa, en cambio, seguían sin gustarle las sonrisas de la gente por la calle. Sonreían a todas horas, retrayendo los labios y enseñando los dientes, pero no se estaban retando. Era como si en cualquier momento fueran a saltar los unos sobre los otros para despedazarse. Cuando un hombre le sonreía, le entraban ganas de morderlo en alguna parte blanda, apretar los dientes y tirar hacia atrás.

Sandra se había convertido en un problema. Había olvidado quién era.

Habían ido dejando un rastro de cadáveres por todo el Oeste, desde Idaho hasta California. El plan de Lúa era cruzar hasta México, y luego ir aún más allá, hasta las selvas amazónicas, lugares oscuros y todavía vírgenes. Lúa quería asentarse en esas zonas violentas que estaban siempre en guerra, donde una vida valía bastante menos que la de un norteamericano, donde a los niños perdidos solo los lloraban sus madres, y el duelo acababa con un nuevo parto. Había zonas en mitad de la jungla donde los indígenas todavía creían en espíritus del bosque y en hombres bestia, donde quizá podrían despojarse de sus pieles humanas para siempre y convertirse en reinas crueles, misterios aterradores susurrados en noches de Luna llena. Allí sin duda podrían confundirse dentro de

algún panteón de dioses, junto a hombres guepardo y demonios nocturnos de ojos brillantes...



LOS CULPABLES

Canciones de cuna para lobas tristes



Víctor Selles es licenciado en Historia y especialista en religiones paganas, magia y folclore. Le gusta documentarse minuciosamente para cada uno de sus relatos. Habitó durante meses en una casa encantada para producir «Fracos» (Antología Aparecidos, ed. Saco de Huesos, 2014), se infiltró entre la alta sociedad vampírica madrileña («Vampiras», antología Visiones 2015) e incluso viajó brevemente a Marte para estudiar las condiciones de habitabilidad del planeta («Paradise City», Nowevolution, 2015). Los resultados de sus investigaciones, así como sus otros periplos literarios, están disponibles en <http://moraldefrontera.blogspot.co.uk/>.

En el caso de «Canciones de cuna para lobas tristes», estuvo persiguiendo a las susodichas durante años a lo largo de la costa oeste de los EE. UU., perdiendo su pista en la frontera con México. Sin embargo, recabó numerosos testimonios de sus fechorías y asesinatos, que pusieron en jaque a varios cuerpos policiales locales e incluso al FBI. También entrevistó a muchas modelos de Los Ángeles, que testificaron que no habían observado ningún cambio de comportamiento en compañeras de profesión que, como más tarde se demostró de forma fehaciente, habían sido suplantadas por licántropas.

Por alguna razón, desde que volvió a casa ha desarrollado una gran afición por la carne sangrante, casi cruda.

Cloro

Paz Alonso (Santander, 1983) se siente muy estúpida hablando de sí misma en tercera persona pero ha aprendido que a veces es necesario. También chilla muy fuerte cuando le ponen delante un roedor de cualquier tipo y cualquier tipo de pajarito gordo, así



que se podría decir que es una exaltada de los animales, incluidos los berberechos. Si fuera teriántropa le gusta creer que sería un lobo o algo igual de épico, pero la verdad es que posiblemente sería un panda rojo, ya que nadie se explica cómo sobrevivió a segundo de parvulitos siendo tan torpe.

«Cloro» es su segunda incursión en el terreno del relato corto original; en condiciones normales lo suyo es enrollarse a base de sangre y sudor durante al menos 50.000 palabras (y ganar el NaNoWriMo de paso). Escribe distopía, fantasía y en sus momentos más oscuros también fanfiction y/o literatura erótica bajo identidades muy, muy secretas. A veces va y se autopublica, como es el caso de «20millones3», su primera novela, disponible de forma gratuita en Lektu, Archive of Our Own y otras plataformas, o «Acquaforte», una historia pseudo-steampunk que está en este momento dando los últimos coletazos de edición. Afirma que lo más bonito que le pueden decir es «qué mal me lo has hecho pasar, cabrona» y eso explica muchas cosas respecto a su obra.

Animalandia



Manu Riquelme (Murcia, 1983) es la síntesis de ese niño que siempre culpaba al perro de haberse comido sus deberes. Lo que ningún profesor sabía es que no existía tal perro, ya que Riquelme es en realidad un cruce de humano y pastor alemán. Criado en el seno de

una familia humilde, su afición por escribir no se manifiesta hasta bien entrada la veintena, cuando se hace con el Primer Premio del Certamen Creajoven en la modalidad de literatura, gracias a un relato que también le llevaría a marcar su territorio en la Bienal de Jóvenes Creadores WEYA celebrada en Nottingham. Riquelme combina su condición de cambiaformas con otras disciplinas artísticas como los guiones de cine y televisión. En 2012 cursa un Máster en Creatividad y Guiones de Televisión, en la productora Globomedia, donde trabaja como becario en series y programas de éxito como, por ejemplo, «Águila Roja» y «El intermedio», entre otros. Además, también es el responsable del guión de «Récord» (2014), un cortometraje que pudo verse en las últimas ediciones del Festival de Cine Fantástico de Sitges. Entre sus futuros proyectos se cuenta huir de la perrera, publicar tres incipientes novelas y seguir persiguiendo gatitas en celo a altas horas de la madrugada. Su primera novela juvenil se llama «Videoclub 84» y ya está a la venta a través de Amazon.

Una nueva organización

María Gay Moreno y **Tristan R. Germanaud** ya han enriquecido el mundo de la literatura en un par de ocasiones gracias a sus obras «La novela que escribiré cuando tenga tiempo» y «Lo tengo todo en la cabeza, solo me faltan algunas cosas pero va a ser genial». A través de influencias como «Bola de dragón» o «Buffy» y, tras haber buscado el término en la Wikipedia, son grandes autoridades en teriantropía. Esperan hacer del mundo un lugar mejor con su primera colaboración, que llega después de que hayan pasado años escribiendo solo para ellos mismos o usando su talento para traducir el trabajo de otros.



Cat People



A **Diana Gutiérrez** (Madrid, 1982) le gustan los animales, aunque los humanos no se cuentan entre sus favoritos. Se considera una mujer salvaje de la literatura y no duda en demostrarlo saltando de un género a otro sin orden ni concierto, aunque ha alcanzado cierta fama con la erótica psicodélica «confiévalo-tú-te-has-tomado-algo-antes-de-escribir-esto». Algunos ejemplos fueron la novela ciberpunk «El diario de Helena» (2003), escrita íntegramente para ser leída en el portal para móviles de Movistar, sus historias de chicas de un internado inglés en los años 50, el relato «Alienígenas bisexuales del espacio exterior» incluido en la antología «Cuando calienta el sol» (Café con Leche, 2014) y, finalmente, la novela cómico-erótica «¡Sí, mi capitán!» (Café con Leche, 2016). Guionista de formación y novelista por vocación, actualiza cuando puede su página <http://www.dianagutierrez.net/> y va con varias novelas bajo el brazo esperando el momento idóneo para liberarlas. Cuando no escribe, le da por traducir libros que nadie conoce o editar antologías.

Luna de maíz

Yolanda Camacho, nacida en 1983, compagina su profesión como Técnico en Diseño y Producción Editorial con la que viene siendo su gran pasión desde que era una renacuaja: escribir.

Tras ganar su primer certamen de relatos cortos, fue publicada en la antología



«Dejen morir antes de entrar», de La Web del Terror, y también colaboró en las antologías «Aenigma Veneris» y «Libido Máxima» de la editorial digital Albis Off. Adentrándose en la aventura de la autopublicación, tiene disponibles en formato Kindle las obras «Villa Halloween», «Maulidos» y «Kohl: Verano de sangre».

En 2014 publicó con el sello Amaltea, de Alentia Editorial, «Todos los vampiros tienen colmillos», primera entrega de la trilogía *young adult* del mismo nombre. En julio de 2015 vio la luz su primera novela *chick-lit*, «Supera eso, princesa», también publicada por Alentia Editorial.

Una muerte blanca



Anabel Zaragozí nació en Valencia en 1972. No tardó en asaltar la biblioteca familiar con alevosía y nocturnidad para leer cuanto pillaba. Esto resultó ser tropecientas novelas policíacas y de terror, en las que un buen puñado de personas odiaba al mundo y/o a su

prójimo en las formas más variadas y se encargaba de darles boleto al otro barrio con todavía más imaginación. Poe, King, Baudelaire, Graves, Capote, Lovecraft... Toda muy buena gente.

No se sabe por qué ello le hizo estudiar la carrera de delineación, y quince años después, cuando ya más o menos había madurado, la de técnico en diseño y producción editorial. Entremedias se dedicó a imitar a sus ídolos en la sombra, y escribió algunos artículos de opinión en la página web literaria Sedice.com.

Publicó un relato largo de terror y erotismo malsano llamado «Estrella Matutina» en el n.º 1 de la revista Historias Asombrosas, de la mano de Scifiworld. Por lo visto les cayó bien a algunos colegas, pues la invitaron a ser jurado del Premio Domingo Santos de ciencia-ficción. Después estuvo realizando ilustraciones, diseños de portada y maquetaciones para diversos sellos digitales como Planetas Prohibidos, miNatura, Albis Ebooks y Valencia Zombi Party.

En sus ratos libres se dedica a adorar a dioses paganos, pintar acuarelas y estudiar la dieta vegetariana.

El trofeo

Cristina Domenech vive en Málaga y acaba de empezar a trabajar en su tesis tras acabar un máster de Literatura Inglesa con honores. Cuando lee le gusta rodearse de novelas distópicas o de fantasía urbana, y confiesa haber leído demasiadas novelas de licántropos y



otros cambiaformas, sobre todo aquellas en las que los licántropos y los cambiaformas son mujeres lesbianas. Cuando escribe se dedica a trabajar en alguna de las tres novelas que jura que acabará algún día o a los relatos cortos, que hasta ahora le han dado más alegrías, entre ellas haber colaborado en secreto con la antología «Cuando calienta el sol» (Café con Leche, 2014).

En su tiempo libre se obsesiona con la época victoriana, escucha adaptaciones de radio de novelas clásicas de terror y hace experimentos en la cocina que solo acaban en desgracia de vez en cuando.

Mil pieles



Maleni Sagredo tiene 38 años. Durante toda su vida siempre fue fiel a sus aficiones, pero desde que se marchó de casa, sus *hobbies* se redujeron a hacer la colada, fregar los platos y, si había un poco de suerte, viajar a lo largo del planeta. Con tanto tiempo libre (léase con

ironía), a menudo se pregunta de dónde saca el tiempo para seguir siendo una gran lectora. Sus libros preferidos son los de ciencia ficción y los de fantasía, donde los mundos irreales están plagados de historias actuales y la ficción se convierte en realidad, aunque también ha de confesar que, de vez en cuando, lee algo de literatura romántica. Influida por esta búsqueda del príncipe azul y la media naranja, se casó hace cinco años. Si todavía no se ha divorciado, le gusta pensar que hizo una buena elección. Pero volviendo al tema que nos ocupa, «Mil pieles» es, sorprendentemente, su primer relato y encarna un glorioso y feral regreso a los orígenes, por lo que sin duda podemos afirmar que no será el último.

La promesa

Rocío Vega (1990) habrá pasado, probablemente, demasiado (poco) tiempo pensando esta nota biográfica. Además de la presente antología, ha sido publicada por Café con Leche en la antología «Cuando calienta el sol» (2014). Escribe el guión del webcomic «Chrysalis» y



es la autora de varias novelas no publicadas aún («Montreim», «Guerreros del sol»), pero que con suerte verán pronto la luz. Le gusta contar historias, los videojuegos e Internet, esto último con tendencia adictiva. Si le das algo de tiempo, acabará explicándote alguna receta o tratando de engancharte a los juegos de rol. Suele escribir cosas de fantasía sin dragones ni orcos, pero a veces salen elfos. Algún día poseerá una equipación de legionaria romana de verdad. Juega a «Hombre Lobo: El apocalipsis» y en invierno no se depila.

Entretelas de justicia



Leticia S. Murga es toda una experta en teriantropía. Se convierte en leona cuando tiene que defender a los suyos, en murciélago con aires de vampiresa cuando sale de fiesta, en linda gatita cuando quiere conseguir algo y una vez al mes se convierte en arpía: no porque le salgan

alas, sino porque se vuelve aterradora.

Y nadie se sorprenderá al descubrir que también es una ratita de biblioteca, como tantos escritores.

Autora de diversas obras, unas más decentes que otras, formó parte de la primera antología *bestofthebest* de la editorial Café con Leche (2014) y ha sido seleccionada para la antología «Deseo eres tú» de Kelonia Editorial, cuyos beneficios irán a parar íntegramente a la Fundación Ana Bella. Bajo pseudónimo también escribe relatos cortos de temática romántica paranormal gay en inglés, algunos de los cuales están autopublicados en Amazon. En estos relatos cuenta historias de vampiros ciegos, pianistas atrapados en un lunes interminable, jóvenes obligados a trabajar para apuestos empresarios, herederos de clanes escoceses que tendrán que tomar decisiones complicadas y otras aventuras que giran alrededor de este fascinante tipo de relaciones.

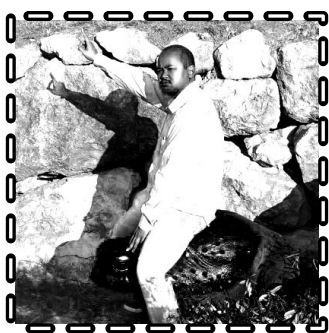
No vuelan los cuervos sobre el cielo de Moscú

Lara Alonso Corona nació en Gijón en 1983, y aunque no le gusta la sidra y lleva ya casi quince años viviendo lejos se considera asturiana antes que otra cosa. Cursó estudios de Cine y Televisión en Madrid y tal vez esa es la razón de que sus relatos se parezcan a películas. Con el apoyo de su familia se mudó a Londres, donde llueve tanto como en Gijón, para cursar escritura creativa, trabajar en teatro y escribir sin que la estorbasen nimiedades como «vida social», «tener amigos» o «tener dinero para comer».



Su ficción puede ser leída en revistas de culto como *Devilfish Review*, donde apareció «The Bubble», una historia de viajes en el tiempo; *Whiskey Island*, quienes publicaron «The Astronaut», que a pesar de su título no es de ciencia-ficción; o *The Copperfield Review*, donde «Will in December», un relato sobre William Shakespeare escrito en lenguaje isabelino, encontró un hogar. También han publicado su obra *Literary Orphans*, *50-Word Stories* y *The Danforth Review*, entre otros. El hecho de que haya encontrado un hueco en la ficción en inglés, pero su prosa en castellano estuviera inédita hasta ahora, demuestra que nadie es profeta en su tierra. No sabe si quiere dedicarse a la ficción especulativa o a la literatura seria jonathan-franzenesca, o si prefiere quedarse peleándose en Twitter con gente que tiene opiniones equivocadas sobre series de televisión. *Spoilers*: Lara nunca ha estado en Rusia ni se ha transformado jamás en cuervo.

Un millón de moscas

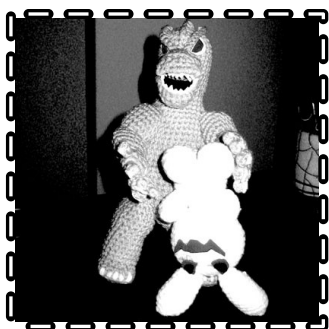


Fernando Alcalá y Jean-Paul Long, o como ellos prefieren denominarse: el eje del mal, no tenían pensado presentarse a este certamen hasta que se pusieron a hablar del tema una tarde. No porque no quisieran, que querían, sino porque, para ellos, el tema de licántropas y

cambiaformas acababa derivando más o menos en asuntos más relacionados con el primer volumen de *bestofthebest* que con el segundo. Por tanto, animados por un poder mayor que la Fuerza (el del orgullo) y debido a unas moscas que no desaparecían de la habitación de Jean-Paul, decidieron presentarse juntos porque, como decimos en España, donde caben tres caben cuatro y, por tanto, el doble de neuronas pensarán mejor. Con la obsesiva manía del uno por los textos limpios y la exacerbada imaginación del otro, estaban seguros de que finalmente saldría una historia digna. El tiempo, sin embargo, jugó en su contra porque se empeñaba en transcurrir a toda velocidad sin que ellos fueran capaces de rematar el relato; pero en un giro asombroso de los acontecimientos y mucha épica de por medio, lograron terminarlo y ahora se van a celebrarlo.

Su verdadera piel

Ana Morán Infiesta es una autora de espíritu *pulp* y musa lisérgica que, durante las noches de luna llena, se cubre de pelaje hirsuto y, una vez ha saciado su hambre animal, teclea fumadas del tamaño de la catedral de Burgos. En mayo de 2014 el universo



estuvo cerca de colapsarse cuando publicó su primer trabajo en solitario, la antología *pulp* «El erradicador de pecados y otras historias», hoy en día descatalogada por la quiebra de la editorial Libralia.

Entre aullido y aullido, varios editores, temerosos de ver sus corazones arrancados y devorados, le han dado la oportunidad de participar en un puñado de antologías de género. Entre ellas, podemos destacar «No Tocar» (Saco de Huesos), «Steam Tales» y «Action Tales» (DLorean) o «Dimensión B, 14 historias del género bastardo» (La Pastilla Azul).

Los dioses del Olimpo están barajando cómo castigarla por su osadía de pervertirlos en el serial «Olimpo Renacido», publicado en Action Tales.

Si aún no has salido huyendo y quieres descubrir más sobre su infame persona, una vez cada mil años se acuerda de actualizar su blog «Historias desde la Cueva»: <http://escritorapulp.wordpress.com/>.

La metamorfosis de Gregoria Sánchez



Álex Hernández-Puertas no solo escribe relatos sobre metamorfosis: también series de internet protagonizadas por drag-queens, obras de teatro premiadas y nunca puestas en escena, novelas cómicas semiautobiográficas, traducciones de videojuegos superventas, musica-

les que no llegan ni a Off-Off-Broadway y, si las fechas son propicias, felicitaciones navideñas (aunque cada vez menos, que para eso está Whatsapp).

Para los fans del dato (o del autor), las obras referidas son, en este orden: «Mrs. Carrington», «La reforma incompleta», «La vida pese a todo» y «El otro».

Como relatos ya había escrito muchos, esta vez no ha parido otra obra propia, sino que se ha tragado el texto más conocido de Kafka y ha regurgitado un *remake* digno del Hollywood más complaciente. La intención no era corregirle la plana al atormentado praguense (esperamos), sino acercar su obra cumbre al público adolescente. Ya le hizo algo parecido a Macbeth, aunque en aquella ocasión no le cambió al pobre rey difunto ni la edad ni el género.

Para el futuro tiene varios trabajos a media cocción, entre ellos una obra de teatro costumbrista, surrealista y de ciencia-ficción (no, no son tres obras: es una), un frenético psicotriller de viajes, el monólogo intimista de una mujer que se convierte en vaca y la una serie de novelas de fantasía futurista para todas las edades.

No es de extrañar que no encuentre agente.



CRÉDITOS

Idea de la colección

Diana Gutiérrez

Edición y coordinación

Diana Gutiérrez

Ricardo Cebrián

Diseño de portada

Jordi Monte Roqué

Basado en una fotografía de Michelle Monique

Maquetación

Ricardo Cebrián

Diana Gutiérrez

Agradecimientos

María Gay Moreno, por su inigualable entusiasmo.
Ana Ramírez y Juanma Pérez, por hacer más llevadero el
día a día.

Gracias a todos los autores que nos enviaron sus relatos.

Y gracias muy especiales a nuestros lectores, que son
fieles y no se asustan (demasiado) por nuestros bandazos
de temática.

Contacto

cafe@editorialcafeconleche.com

Twitter: [@edcafeleche](https://twitter.com/edcafeleche)

Facebook:

[Editorial Café con Leche](#)

Todos los relatos son propiedad de sus respectivos
autores.

© Editorial Café con Leche, 2015. Todos los derechos
reservados.

***Este libro es el resultado de mucho trabajo y cariño
por parte de la editorial y de sus autores. No lo
piratees, cómpralo y valóralo para que el año que
viene podamos hacer otro aún mejor.***

¿Un café?
www.editorialcafeconleche.com



Otros títulos en la serie *bestofthebest*:

Cuando calienta el sol:
Diez historias eróticas para remojarse

(disponible en Amazon.es)